

Expresión litúrgica del sacerdocio de Cristo

Durante años, nuestro querido Satur Gamarra, a través de sus escritos, conferencias, charlas, ejercicios espirituales..., se ha dedicado a la formación espiritual de sacerdotes y de futuros sacerdotes –seminaristas–, cuyo cometido es, entre otros, prolongar en el tiempo la dimensión mediadora del sacerdocio de Cristo. Con el fin de poder comprender el alcance de este ministerio sacerdotal vamos a acercarnos, a lo largo de estas páginas, al sacerdocio de Cristo viendo cómo recoge la liturgia en su eucología la teología al respecto. Así, manifestaremos cómo la celebración puede, por una parte, ayudar al sacerdote a vivir su configuración con Cristo y, por otra, ser alimento para su vida espiritual.

1. El sacerdocio de Jesucristo

El sacerdote es la persona encargada de las relaciones con Dios. De modo que, el sacerdote intercede ante Dios por los fieles (dimensión ascendente) y, a su vez, comunica al pueblo la voluntad de Dios y le reprende cuando no cumplen la alianza (dimensión descendente)¹. Veamos en qué medida podemos denominar a Jesucristo sacerdote.

¹ Aunque hemos mencionado solamente las dos funciones principales del sacerdote, los textos bíblicos atribuyen otras muchas: oráculos, enseñanza, pureza ritual, bendición, custodia del santuario. Éstas se encuentran explicadas en A. VANHOYE, «Sacerdocio», en P. ROSSANO – G. RAVASI – A. GIRLANDA (eds.), *Nuevo diccionario de teología bíblica*, Paulinas, Madrid 1990, 1736-1738.

1.1. Jesucristo no era sacerdote

Jesucristo, tal y como entendía la institución sacerdotal el pueblo judío, no era sacerdote. Ni su persona, ni su actividad, ni su muerte se enmarcan dentro de la concepción sacerdotal de Israel².

En el pueblo hebreo, el sacerdocio se transmitía solamente por vía hereditaria. Dios había concedido el sacerdocio a Aarón y a sus hijos, no pudiendo ser ejercido por ningún miembro de otra tribu³. Y Jesús pertenecía a la tribu de Judá⁴. No era, por tanto, sacerdote según la ley. Nunca se atribuyó este título, ni pretendió ejercer función sacerdotal alguna.

Tampoco su actividad tuvo el carácter del ministerio sacerdotal, más bien se desarrolló en la línea profética. Jesús predicaba, que es lo que hacían los profetas. Él mismo se considera a sí mismo como profeta⁵ y así era tenido por los otros⁶. Jesús, como los profetas, se enfrentaba frecuentemente, de palabra y de obra, con los sacerdotes por su concepción ritualista de la vida religiosa: atacó su pureza ritual pues la verdadera religión no consiste en ritos externos; prefirió la misericordia, esto es, la preocupación por las relaciones humanas, a los sacrificios rituales.

Y su propia muerte no se presentó como un sacrificio ritual sino todo lo contrario, como un castigo legal ya que, tras haber sido «juzgado», fue condenado a muerte. Un sacrificio, en la concepción antigua, es un acto ritual, glorificante y que une con Dios. Un castigo legal, por el contrario, es un acto jurídico, no ritual; no es

² Cf. A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca ³1995, 64-69.

³ Cf. Nm 3,10-38.

⁴ Cf. Mt 1,1-17.

⁵ Cf. Lc 4,24.

⁶ Cf. Lc 7,16.

glorificante sino infamante; no une con Dios sino que separa tanto del pueblo elegido por Dios como de Dios mismo.

1.2. La existencia de Jesucristo interpretada en clave sacerdotal

A pesar de que Jesús no fuera sacerdote, por el sacrificio de su vida en la cruz, restableció las relaciones entre Dios y los hombres que el pecado había dañado, situándolas en una nueva dimensión y no siendo necesarios ni nuevos intercesores ni nuevos sacrificios. De modo que consiguió, sin ser propiamente sacerdote, aquello que deseaban obtener los sacerdotes veterotestamentarios por medio de los continuos sacrificios diarios, esto es, interceder ante Dios por el pueblo expiando sus pecados. Por eso, fue proclamado por Dios sacerdote.

El autor de la carta a los Hebreos lo afirma con rotundidad: «proclamado por Dios sumo sacerdote»⁷. De modo que, al contemplar a Cristo en la gloria, sentado ante la diestra de Dios, intercediendo por nosotros, habiendo restablecido la amistad entre los hombres y Dios, es llamado en repetidas ocasiones en esta carta «sacerdote», más aún «sumo sacerdote»⁸. No era sacerdote, pero Dios lo ha constituido sacerdote⁹.

Otros libros neotestamentarios, sin utilizar la palabra «sacerdote», transmiten la idea del sacerdocio de Cristo. Así, lo que en la carta a los Hebreos se dice explícitamente en los otros escritos lo encontramos implícito¹⁰. Por ejemplo, la tradición sinóptica de la última cena¹¹ mencionando la sangre de la alianza con la misma

⁷ Hb 5,10.

⁸ Hb 2,17; 3,1; 4,14-15...

⁹ Cf. VANHOYE, «Sacerdocio», 1743-1744.

¹⁰ Cf. R. ARNAU, *Orden y ministerios*, B.A.C., Madrid 1995, 28-35.

¹¹ Cf. Mc 14,24; Mt 26,28.

expresión que emplea Moisés en el sacrificio realizado en el Sinaí para sellar la alianza entre el pueblo israelita y Dios¹². Y en el relato de la institución de la eucaristía Jesús presenta su muerte como el derramamiento de su sangre para el perdón de los pecados¹³, al igual que los sacrificios veterotestamentarios ofrecidos por los pecados del pueblo¹⁴. San Juan hace coincidir la muerte de Jesús con la matanza de los corderos para la cena pascual, queriendo expresar que Cristo es el nuevo cordero pascual; no sólo en el evangelio sino también el apóstol san Juan se refiere en su primera carta a Jesús como el cordero de Dios exaltado en la cruz por obediencia al Padre¹⁵. Y en la plegaria sacerdotal que se encuentra en el capítulo 17 del último evangelio se nos presenta a Jesús como el gran sacerdote que reza por sus discípulos y por todo el pueblo, consagrándose mediante el sacrificio de su vida para la salvación de todos. En este mismo evangelio Jesús se denomina el buen pastor que da la vida por sus ovejas¹⁶.

1.3. El título «sacerdote» referido a Jesucristo en la liturgia

En la liturgia romana el título «sacerdote» asignado a Jesús es habitual. Así lo encontramos en diferentes oraciones: «oh Dios, que para gloria tuya y salvación del género humano quisiste constituir a Cristo sumo y eterno sacerdote...»¹⁷; «Oh Dios, cuyo Unigénito, nuestro sumo sacerdote, vive para siempre sentado a tu derecha

¹² Cf. Ex 24,5-8.

¹³ Cf. Mt 26,28.

¹⁴ Cf. Lv 4,20.

¹⁵ Cf. 1Jn 1,29.

¹⁶ Cf. Jn 10,11.

¹⁷ Oración colecta de la misa votiva dedicada a Jesucristo, sumo y eterno sacerdote.

intercediendo por nosotros...»¹⁸; «consagraste sacerdote eterno... a tu único Hijo...»¹⁹, «tu Hijo Jesucristo, sacerdote eterno...»²⁰, «por Cristo, Señor nuestro, verdadero y único sacerdote...»²¹.

2. La mediación sacerdotal

El rasgo fundamental de un sacerdote es ser mediador entre Dios y los hombres. Podríamos decir que el sacerdote hace de puente entre Dios y los hombres. Un puente, para poder unir las dos orillas de un río, debe tener sus soportes en ambos lados, esto es, debe estar apoyado en una orilla, por una parte, y en la orilla contraria, por otra. Así se podrá cruzar en ambas direcciones sin problema.

2.1. La mediación de los sacerdotes veterotestamentarios²²

Los sacerdotes del pueblo judío eran conscientes de que su mediación era imperfecta pues, en su intento por trazar un puente entre Dios y los hombres, ellos estaban situados únicamente en una orilla, la humana. Para aproximarse lo máximo a la orilla de Dios y poder realizar una óptima mediación entre el pueblo y Dios, intentaban que el sacerdote alcanzara el mayor grado de santidad, ya que la santidad define el ser de Dios tal y como leemos en el Levítico, «Yo, vuestro Dios, soy santo»²³, o como le aclaman los serafines en

¹⁸ Oración sobre las ofrendas de la misa de vigilia de la solemnidad de la Ascensión del Señor.

¹⁹ Prefacio de la solemnidad de Jesucristo, rey del universo.

²⁰ Prefacio II de las ordenaciones.

²¹ Prefacio I de la eucaristía.

²² Cf. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos*, pp. 44-54.

²³ Lv 11,44.

la visión celestial del profeta Isaías, «Santo, santo, santo es el Señor del universo»²⁴. Así, toda la organización del culto veterotestamentario se basaba en la idea de santidad y en la convicción de que era necesario ser santo para acercarse a Dios y poder conseguir la mediación que caracteriza el ministerio sacerdotal.

Nosotros situamos la santidad en clave moral, sin embargo, en la antigua alianza, ser santo no significaba ser perfecto sino vivir en un ámbito sagrado. De modo que santo no se oponía a imperfecto sino a profano. Para conseguir una transformación radical que pasara del ámbito de la existencia profana ordinaria al nivel sagrado, llevaban a cabo una serie de separaciones rituales.

Dado que no era posible que toda la humanidad alcanzara la santidad requerida para acercarse a Dios, Dios escogió un pueblo para que entrara en relación con él: «el Señor, tu Dios, te eligió para que seas, entre todos los pueblos de la tierra, el pueblo de su propiedad»²⁵. Pero tampoco todo el pueblo estaba capacitado para ponerse en contacto con Dios. Por ello fue escogida una tribu, la tribu de Leví, consagrada al servicio del santuario²⁶. Y, dentro de esta tribu, una familia recibe una consagración particular teniendo a su cargo el sacerdocio²⁷. Y de esta familia sólo uno, el sumo sacerdote, podía acceder al *sancta sanctorum*, el lugar del templo donde se guardaba el arca de la alianza, signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo.

La santificación de los sacerdotes se realizaba por medio de unas ceremonias simbólicas: una unción que les impregnaba de santidad, unas vestiduras sagradas que expresaban su pertenencia

²⁴ Is 6,3.

²⁵ Dt 7,6b.

²⁶ Cf. Jos 13,33.

²⁷ Cf. Nm 3,12; 8,5-22; Ex 28,1.

a Dios, una serie de sacrificios para expiar sus pecados, baños y purificaciones rituales para limpiarlos del contacto con el mundo profano²⁸.

Sin embargo, todo este esfuerzo por alcanzar la santidad, para poder entrar en contacto con la orilla divina y mediar entre Dios y los hombres, era insuficiente. Por más que el pueblo judío quisiera, sus sacerdotes eran hombres, por tanto sólo estaban situados en la orilla humana, y no era posible dejar de estar contaminado por el pecado. Por ello debían ejercer su ministerio diariamente ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios ya que su mediación era imperfecta²⁹.

2.2. Jesucristo mediador perfecto

Cristo, a diferencia de los sacerdotes veterotestamentarios, sin ser sacerdote, fue, y sigue siendo, el mediador perfecto entre Dios y los hombres ya que, por un lado, es el Hijo de Dios y, por otro, es verdaderamente hombre. Por tanto, en Jesucristo, por su propia naturaleza, la relación con las dos orillas a unir es perfecta, pudiendo mediar entre Dios y los hombres de modo sublime.

Pero además, su inmersión en ambas partes fue plenificada por su pasión y resurrección. La pasión de Jesucristo fue el medio por el cual su solidaridad con los hombres llegó a su máxima expresión: se hizo en todo igual a nosotros, menos en el pecado, hasta el punto de ser probado en el sufrimiento y someterse a la muerte³⁰. Así, su humanidad fue perfeccionada. Y, con su resurrección, Jesucristo fue glorificado por el Padre, siendo introducido de nuevo en el

²⁸ Cf. Ex 28-29; Lv 8ss.

²⁹ Cf. Hb 10,11.

³⁰ Cf. Fil 2,7-8; Hb 2,10-18; 4,15.

santuario celeste y exaltado a la derecha del Padre. Pero no sólo entró en el cielo el Hijo de Dios, sino Jesucristo, también verdadero hombre, esto es, la naturaleza humana que el Hijo había asumido al encarnarse. De modo que, desde el mismo cielo puede interceder en nuestro favor³¹.

Por tanto, Jesucristo, por su doble naturaleza –humana y divina–, por su condición de verdadero hombre y verdadero Dios, consiguió la mediación perfecta entre Dios y los hombres que los sacerdotes de la antigua alianza no lograban alcanzar, convirtiéndose en el único mediador entre Dios y los hombres³².

2.3. La mediación de Jesucristo en la liturgia

La mediación de Jesucristo forma parte del mismo ser de la liturgia. Por ello la liturgia es definida como el ejercicio del sacerdocio de Cristo, esto es, su continua mediación entre Dios y los hombres. Así lo dijo el papa Pío XII en su encíclica *Mediator Dei*: «El sacerdocio de Jesucristo se mantiene activo en la sucesión de los tiempos, no siendo otra cosa la liturgia que el ejercicio de este sacerdocio»³³. Y, pocos años después, la Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* recogió esta misma idea: «Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica... Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo»³⁴.

Sin embargo, más allá de estas afirmaciones magisteriales que reconocen la mediación de Jesucristo implícita en la liturgia, ésta

³¹ Cf. Hb 7,25; 9,24; 13,25; Ef 2,18; 3,12; 1Pe 2,5.

³² Cf. 1Tim 2, 5; *Catecismo de la Iglesia católica*, 480.

³³ Pío XII, Encíclica *Mediator Dei* (20 de noviembre de 1947), 32.

³⁴ CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963), 7.

se manifiesta explícitamente en la conclusión de todas las oraciones menores: «Por Jesucristo, nuestro Señor»; o en su versión extendida: «Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos». Igualmente, todos los prefacios se hacen eco de esta mediación de Jesucristo entre Dios y su pueblo, ya que bien en su inicio, bien en su desarrollo incluyen la expresión «por Cristo, Señor nuestro». Y el colofón de la plegaria eucarística también nos lo recuerda: «Por Cristo, con él y en él...».

La mediación tiene, como es obvio, una doble dirección: ascendente y descendente; de Dios a los hombres y de los hombres a Dios, por medio de Jesucristo. Un axioma de los santos padres expresa bellamente esta idea: «Todo don viene del Padre, por el Hijo y Señor nuestro Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo, y en el mismo Espíritu, por Jesucristo retorna de nuevo al Padre». Ambas se dan en la liturgia. Basten como ejemplo las palabras con las que concluyen algunas de las plegarias eucarísticas, donde está presente el camino descendente de los dones divinos, junto con la doxología final, que expresa cómo nuestra alabanza asciende a Dios por medio de Jesucristo: «Por Cristo, Señor nuestro, por quien sigues creando todos los bienes, los santificas, los llenas de vida, los bendices y los repartes entre nosotros. Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos»³⁵; «Por Cristo, Señor nuestro, por quien concedes al mundo todos los bienes. Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos»³⁶.

³⁵ Plegaria eucarística I.

³⁶ Plegarias eucarísticas III y IV.

Además de esta mediación de Jesucristo en la liturgia que pertenece a su mismo sustrato, en diferentes textos eucológicos se llama a Jesucristo «mediador» o «pontífice», que significa hacedor de puentes, esto es, el vínculo de unión de dos orillas: «Jesucristo, nuestro mediador, te haga aceptable esta ofrenda...»³⁷; «en estos misterios nos cerquemos a Jesús, mediador de la nueva alianza...»³⁸; «Jesús... ha ascendido ante el asombro de los ángeles a lo más alto del cielo, como mediador entre Dios y los hombres...»³⁹; «El cual, habiendo entrado una vez para siempre en el santuario del cielo, ahora intercede por nosotros, como mediador que asegura la perenne efusión del Espíritu...»⁴⁰; «Porque creaste el mundo por medio de tu Palabra, y gobiernas todo con justicia, nos diste como mediador a tu Hijo, hecho carne...»⁴¹; «Que constituiste a tu único Hijo Pontífice de la Alianza nueva y eterna por la unción del Espíritu Santo...»⁴². También el término «sacerdote» se considera sinónimo de «mediador» o de «pontífice», pero no incluimos aquí ejemplos de textos litúrgicos al respecto porque ya los ofrecimos previamente al tratar del título «sacerdote» referido a Jesucristo en la liturgia.

³⁷ Oración sobre las ofrendas de la misa votiva de Jesucristo, sumo y eterno sacerdote.

³⁸ Oración sobre las ofrendas de la misa votiva de la Preciosísima Sangre de nuestro Señor Jesucristo.

³⁹ Prefacio I de la solemnidad de la Ascensión del Señor.

⁴⁰ Prefacio para después de la Ascensión del Señor.

⁴¹ Prefacio de la plegaria eucarística por diversas necesidades III, titulada *Jesús, camino hacia el Padre*, en su versión de la tercera edición típica del *Misal Romano*.

⁴² Prefacio de la misa votiva de Jesucristo, sumo y eterno sacerdote.

4. La ofrenda sacrificial

El ejercicio del sacerdocio estaba unido al ofrecimiento de una víctima que era sacrificada a Dios: «Todo sumo sacerdote está puesto para ofrecer dones y sacrificios»⁴³.

En el lenguaje ordinario la palabra sacrificio tiene un sentido negativo al evocar «privación». Sin embargo, su sentido fundamental no es negativo sino positivo, no conlleva privación sino enriquecimiento, pues etimológicamente significa hacer algo sagrado (*sacro-facere*). Este vocablo también encierra un sentido de ofrenda, ya que el camino para hacer una cosa sagrada es ofrecerla a Dios y, si la acepta, será santa, consagrada, creando un lazo de unión entre el donante y el que recibe⁴⁴.

4.1. Los sacrificios veterotestamentarios

Los sacerdotes judíos para establecer la relación entre Dios y el pueblo lo hacían por medio de sacrificios. La víctima de esos sacrificios debía ser un animal sin defecto ni mancha⁴⁵, para que perteneciera al ámbito de la santidad que, como dijimos, se oponía al mundo profano que era imperfecto. Ésta era ofrecida a Dios quemándola sobre el altar, para que el humo ascendiera al cielo. Si la víctima era aceptada por Dios, el sumo sacerdote también sería agradable a Dios y podría obtener para el pueblo los favores divinos⁴⁶.

⁴³ Hb 8,3a; cf. 5,1.

⁴⁴ Cf. C.M. MARTINI – A. VANHOYE, *La llamada en la Biblia*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1983, 180.

⁴⁵ Cf. Lv 22,20-25.

⁴⁶ Cf. MARTINI – VANHOYE, *La llamada*, p. 182.

No obstante, estos sacrificios no dejaban de ser imperfectos porque, por una parte, la víctima ofrecida era ajena al hombre y, por otra, la perfección del animal era relativa, ya que cualquier ser de la creación, por muy perfecto que quisiera que fuese, estaba impregnado por el pecado. «Es imposible que la sangre de toros y machos cabríos quite los pecados»⁴⁷.

Por tanto, el culto veterotestamentario era defectuoso por lo que no conseguía establecer una relación auténtica con Dios⁴⁸.

4.2. El sacrificio de Jesucristo

También Jesucristo ofreció un sacrificio: «Todo sumo sacerdote está puesto para ofrecer dones y sacrificios; de ahí la necesidad de que también éste [Cristo] tenga algo que ofrecer»⁴⁹. Pero con este sacrificio estableció un esquema de culto totalmente nuevo.

A diferencia del culto veterotestamentario, la víctima ofrecida por Jesucristo no fue extraña a él. No teniendo defecto, mancha o pecado⁵⁰, Jesucristo no tenía necesidad alguna de buscar una víctima ajena a sí mismo o de recurrir a la sangre de machos cabríos o de toros. Él podía presentarse a sí mismo ante Dios con la certeza de ser ofrenda agradable, porque era una víctima inocente, inmaculada y santa⁵¹. Por tanto, Jesucristo no ofreció dones y sacrificios externos a sí mismo sino que, voluntariamente, se ofreció a sí mismo, ofreció su propia existencia, su obediencia personal, sus sufrimientos, su muerte⁵².

⁴⁷ Hb 10, 4.

⁴⁸ Cf. Hb 9, 8-10; 10, 4.

⁴⁹ Hb 8, 3.

⁵⁰ Cf. Hb 4, 15; 9, 14.

⁵¹ Cf. Hb 7, 26.

⁵² Cf. Hb 7,27; 9,14-25.

Este sacrificio de Jesucristo, real, personal y existencial, resultó una ofrenda agradable a Dios que inició el verdadero camino para llegar a Dios, para alcanzar la plena comunión con él.

4.3. Expresión litúrgica del sacrificio de Jesucristo

La liturgia nos habla en diversos textos eucológicos del sacrificio de su vida ofrecido por Jesucristo en el altar de la cruz: «Con un solo sacrificio, Señor, adquiriste para ti un pueblo de adopción...»⁵³; «tú has querido que en este sacrificio se perdonen los pecados del mundo entero»⁵⁴; «se acercan ya los días santos de su pasión salvadora y de su resurrección gloriosa; en ellos celebramos su triunfo sobre el poder de nuestro enemigo y renovamos el misterio de nuestra redención»⁵⁵; «él es el verdadero cordero que quitó el pecado del mundo, muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida»⁵⁶; «ofreciéndose a sí mismo por nuestra salvación, quiso ser al mismo tiempo sacerdote, víctima y altar»⁵⁷; «el cual, al instituir el sacrificio de la alianza, se ofreció a sí mismo como víctima de salvación...»⁵⁸.

Pero más allá de la mención del sacrificio de Cristo, la propia celebración eucarística es la actualización de su sacrificio. Jesucristo en la última cena anticipó sacramentalmente el sacrificio de su vida que acontecería pocas horas después en la cruz: el pan partido y

⁵³ Oración sobre las ofrendas en la misa por la unidad de los cristianos, formulario A.

⁵⁴ Oración sobre las ofrendas en la misa por un difunto, en diversas conmemoraciones, formulario B.

⁵⁵ Prefacio II de la Pasión del Señor.

⁵⁶ Prefacio pascual I.

⁵⁷ Prefacio pascual V.

⁵⁸ Prefacio I de la santísima eucaristía.

repartido entre los discípulos se convertiría en su cuerpo entregado a la muerte, y el vino compartido en la cena era su sangre derramada en la cruz. Y mandó a sus discípulos perpetuarlo en la historia: «Haced esto en conmemoración mía»⁵⁹. Desde entonces las comunidades cristianas han celebrado la eucaristía como memorial de la muerte salvadora de Cristo. «Cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva»⁶⁰. De modo que «en este divino sacrificio, que se ofrece en la misa, se contiene y se inmola de modo incruento aquel mismo Cristo, que una sola vez en el ara de la cruz se ofreció a sí mismo en modo cruento»⁶¹. Es por esto que la celebración de la eucaristía también se denomina santo sacrificio o santo sacrificio de la misa⁶².

El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, afirmó la naturaleza sacrificial de la eucaristía con estos términos: «Nuestro Salvador, en la última cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar a su esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección»⁶³.

En diferentes textos litúrgicos se nos recuerda que la celebración eucarística es una actualización del sacrificio salvador de Cristo en la cruz: «cada vez que celebramos este memorial del sacrificio de Cristo se realiza la obra de nuestra redención»⁶⁴; «Señor, Dios

⁵⁹ Lc 22,19c.

⁶⁰ 1Co 11,26.

⁶¹ CONCILIO DE TRENTO, *Sesión 22. Doctrina y cánones sobre el sacrificio de la misa* (17 de septiembre de 1562): DH 1743.

⁶² Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, 1330

⁶³ CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963), 47.

⁶⁴ Oración sobre las ofrendas del domingo II del tiempo ordinario.

nuestro, nos has convocado esta tarde para celebrar aquella misma memorable Cena en que tu Hijo, antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el banquete de su amor, el sacrificio nuevo de la Alianza eterna...»⁶⁵; «cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención»⁶⁶; «haz que estas ofrendas de tu pueblo se conviertan en aquel sacrificio con el que Cristo purificó el pecado del mundo»⁶⁷; «ya que has llevado a la perfección del sacrificio único los diferentes sacrificios de la antigua alianza, actualiza el mismo que tu Hijo te ofreció con su sangre»⁶⁸; «Padre santo, mira con bondad esta ofrenda: que ella haga presente de nuevo ante tus ojos al codero pascual, cuya pasión abrió las puertas del paraíso...»⁶⁹; «él no cesa de ofrecerse por nosotros, de interceder por todos ante ti...»⁷⁰; «nos mandó perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya...»⁷¹; «Dirige tu mirada, Padre santo, sobre esta ofrenda; es Jesucristo que se ofrece con su cuerpo y con su sangre y, por este sacrificio, nos abre el camino hacia ti»⁷².

⁶⁵ Oración colecta de la misa en la cena del Señor.

⁶⁶ Oración sobre las ofrendas de la misa en la cena del Señor.

⁶⁷ Oración sobre las ofrendas de la misa de la fiesta del Bautismo del Señor.

⁶⁸ Oración sobre las ofrendas de la misa de la memoria de santa Teresa Benedicta de la Cruz (9 de agosto).

⁶⁹ Oración sobre las ofrendas para la misa en la administración del viático.

⁷⁰ Prefacio pascual III.

⁷¹ Prefacio I de la santísima eucaristía.

⁷² Plegaria eucarística V por diversas necesidades.

5. El lugar de la ofrenda

El encuentro con Dios no podía realizarse en cualquier lugar. Exigía un lugar sagrado, diferenciado del terreno profano⁷³. Los israelitas situaron este lugar santo en Jerusalén, capital de la tierra que Dios eligió para dar a su pueblo en heredad. Pero no era válido cualquier lugar dentro de la ciudad. Por ello edificaron el templo como lugar reservado al culto. Dentro del templo había un lugar diferenciado del resto, llamado *sancta sanctorum*, donde se encontraba el arca de la alianza, signo de la presencia de Dios. Al templo sólo podían acceder los sacerdotes y el *sancta sanctorum* estaba reservado únicamente al sumo sacerdote, quien entraba allí un sólo día al año, el día de la expiación⁷⁴.

Sin embargo, Jesucristo desvinculó el culto de un espacio concreto. Cada persona es templo de Dios, por ello no necesita acudir a un edificio para relacionarse con él. «Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará»⁷⁵. Jesús, ante el interrogante planteado por la samaritana sobre dónde deben dar culto, afirmará que «los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad»⁷⁶.

Por eso el sacrificio de su propia vida realizado por Jesucristo no fue realizado en el altar del templo de Jerusalén sino en el altar de la cruz, donde él entregó su vida. Por ello afirmamos que Jesucristo no sólo fue simultáneamente sacerdote y víctima sino tam-

⁷³ Cf. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos*, 47.

⁷⁴ Cf. Lv 16.

⁷⁵ Mt 6,6.

⁷⁶ Jn 4,23-24.

bién altar: «ofreciéndose a sí mismo por nuestra salvación, quiso ser al mismo tiempo sacerdote, víctima y altar»⁷⁷. De modo que, más allá del altar físico donde se hace presente el cuerpo y la sangre de Jesucristo bajo las especies eucarísticas del pan y del vino, él mismo es el altar de la Iglesia. Así nos lo recordaba la oración de la ordenación subdiaconal del *Pontifical* tridentino que fue suprimida en la versión postconciliar de este libro litúrgico al desaparecer el subdiaconado: «El altar de la santa Iglesia es el mismo Cristo...»⁷⁸.

6. Plenificación y superación del sacerdocio veterotestamentario

El sacrificio de su propia vida realizado por Jesucristo en el altar de la cruz ha plenificado y ha superado el sacerdocio veterotestamentario con todos sus sacrificios.

Cristo es el culmen de la historia de la salvación. Todo el Antiguo Testamento converge en él y tiene en él su cumplimiento. Por ello también la institución sacerdotal veterotestamentaria, tanto el sacerdocio como los sacrificios por ellos ofrecidos, encuentra en Jesucristo su plenitud. Así figura en algunos textos eucológicos: «Oh Dios, que has llevado a la perfección del sacrificio único los diferentes sacrificios de la antigua alianza...»⁷⁹; «con la inmolación de su cuerpo en la cruz, dio pleno cumplimiento a lo que anunciaban los sacrificios de la antigua alianza...»⁸⁰.

⁷⁷ Prefacio pascual V.

⁷⁸ Oración de ordenación del subdiácono del *Pontifical Romano* promulgado por Clemente VIII.

⁷⁹ Oración sobre las ofrendas del domingo XVI del tiempo ordinario.

⁸⁰ Prefacio pascual V.

Pero no sólo ha sido plenificado el ministerio sacerdotal del pueblo hebreo sino que también ha sido superado. Esto es debido a que la mediación del sacerdocio de Jesucristo fue perfecta, tal y como dijimos, e igualmente fue perfecto el sacrificio ofrecido, como ya explicamos. Por todo ello la eficacia de su sacrificio fue perfecta y permanente: «consiguió una redención eterna»⁸¹. «Tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo. Él no necesita ofrecer sacrificios cada día como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo»⁸².

Por tanto, no son necesarios ni nuevos sacerdotes ni más sacrificios, sino prolongar en el tiempo la mediación sacerdotal de Jesucristo y mantener presente la eficacia de su sacrificio existencial.

7. Un nuevo culto

Con el sacrificio existencial de Cristo en la cruz dio comienzo un nuevo culto. El culto imperfecto veterotestamentario dejó de tener razón de ser, ya que, tal y como hemos visto, había sido no sólo plenificado sino superado por Jesucristo. Todos los bautizados que forman el nuevo pueblo de Dios son partícipes de este nuevo culto como ahora explicaremos.

7.1. Participación en el sacerdocio de Cristo

Todos los cristianos, por el bautismo, hemos sido injertados en Cristo⁸³, siendo partícipes de su vida en todas sus dimensiones.

⁸¹ Hb 9,12.

⁸² Hb 7,26-27.

⁸³ Cf. Rm 6,3.

La oración que acompaña a la unción con el crisma tras la efusión del agua en el rito bautismal, nos lo recuerda: «seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey». Y también el prefacio del bautismo recoge esta idea: «Del agua y del Espíritu engendras en el seno de la Iglesia, virgen y madre, un pueblo de sacerdotes y reyes, congregado de entre todas las naciones en la unidad y santidad de tu amor». De modo que también compartimos su función sacerdotal.

Se da así cumplimiento al anuncio profético veterotestamentario del carácter sacerdotal de todo el pueblo de Dios: «seréis para mí un reino de sacerdotes»⁸⁴; «vosotros seréis llamados “sacerdotes del Señor”, “ministros de nuestro Dios” se os llamará»⁸⁵; «el Dios que salvó a todo su pueblo y que a todos otorgó la heredad, el reino, el sacerdocio y la santidad... se apiadará pronto de nosotros»⁸⁶.

Esto significa que la relación con Dios no será más algo exclusivo de unos miembros del pueblo, los sacerdotes, sino que todos los creyentes pueden acercarse a Dios⁸⁷ y presentarle sus propios sacrificios⁸⁸. A diferencia del culto veterotestamentario, donde solamente el sumo sacerdote podía entrar en el santuario para ofrecer sacrificios, nosotros «tenemos libre entrada en el santuario gracias a la sangre de Jesús»⁸⁹. Esta relación personal de cada fiel con Dios es característica de la nueva alianza establecida por Jesucristo y que de modo profético anunció Jeremías⁹⁰.

⁸⁴ Ex 19,6.

⁸⁵ Is 61,6

⁸⁶ 2Mac 2,17-18.

⁸⁷ Cf. Hb 10,19-22.

⁸⁸ Cf. Hb 13,15s.

⁸⁹ Cf. Hb 10,19.

⁹⁰ Cf. Jr 31,31-34.

Estos sacrificios no serán como los veterotestamentarios, esto es, ritos separados de la vida sino que, siguiendo el ejemplo del sacrificio de Cristo, serán ofrendas existenciales: «Vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo»⁹¹. Esto es, los cristianos están llamados a vivir como Cristo en obediencia filial, cumpliendo la voluntad de Dios⁹², y a progresar en el amor fraterno gracias a una solidaridad efectiva con los hombres⁹³ para que su vida sea una ofrenda agradable al Padre⁹⁴.

7.2. Prolongación de la mediación del sacerdocio de Cristo a lo largo de la historia

Los bautizados, a pesar de ser sacerdotes por el bautismo, no pueden ejercer el culto en toda su plenitud por sí mismos ya que ningún ser humano puede mediar de modo perfecto entre Dios y los hombres, ya lo vimos al describir el sacerdocio veterotestamentario. De modo que el ejercicio del sacerdocio bautismal exige que Cristo, mediador perfecto, siga mediando para que así, la ofrenda de sus vidas llegue hasta el Padre. Sólo Cristo fue capaz de ejercer el culto autónomamente⁹⁵. «Los cristianos, por el contrario, no están capacitados para ejercerlo por sí mismos, por sí solos; solamente en la medida que estén unidos a Cristo pueden elevar su vida

⁹¹ Cf. 1Pe 2,5.

⁹² Cf. Mt 9,21; 12,50; 26,42; Mc 3,35; 22,42; Jn 4,34; 5,30; 6,38; 7,17; 9,31; 19,30; Rm 12,2; Hb 10,36; 13,21.

⁹³ Cf. Mt 25,31-46; Jn 13,1-15,35; 15,12; 2Co 12,31-13,8a; Hb 10,24; 13,16.

⁹⁴ VANHOYE, «Sacerdocio», p. 1745.

⁹⁵ Cf. Hb 9,14.

hasta Dios»⁹⁶. Nuestro sacerdocio bautismal es un sacerdocio de participación. No es, por tanto, autónomo. Y, además, no es un sacerdocio individual, esto es, no es sacerdote cada uno de los creyentes. Sino que se trata de un sacerdocio poseído por el conjunto de bautizados de modo orgánico.⁹⁷ No es, por tanto, una suma de sacerdotes sino un pueblo sacerdotal.

De modo que, para que cada bautizado pueda ofrecer su culto existencial, es necesario un mediador: Cristo, el único mediador entre Dios y los hombres⁹⁸. Y esta mediación es representada sacramentalmente por el sacerdocio ministerial. Los sacerdotes actúan en nombre de Cristo; son, en palabras del apóstol Pablo, «embajadores de Cristo»⁹⁹. Los obispos y presbíteros perpetúan en la Iglesia el único sacerdocio de Cristo¹⁰⁰, que «no sólo confiere el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también, con amor de hermano, elige a hombres de este pueblo, para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión»¹⁰¹. Por eso la liturgia afirma que Cristo está presente en el ministro ordenado¹⁰², estando la asamblea presidida por Cristo, en la persona de este ministro. De modo que es Cristo quien, por su medio, administra los

⁹⁶ A. VANHOYE, «Sacerdoce commun et sacerdoce ministériel. Distinction et rapports», *Nouvelle Revue Théologique* 97 (1975) 200.

⁹⁷ Cf. VANHOYE, «Sacerdocio», 1746.

⁹⁸ Cf. 1Tim 2,5.

⁹⁹ 2Co 5,20.

¹⁰⁰ Cf. Prefacio I de las ordenaciones.

¹⁰¹ Prefacio I de las ordenaciones.

¹⁰² Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963), 7.

sacramentos¹⁰³ y, por su medio, el sacrificio perfecto que Jesucristo ofreció en el altar de la cruz sigue actualizándose¹⁰⁴.

JOSÉ ANTONIO GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA
Facultad de Teología
Vitoria-Gasteiz

¹⁰³ Cf. S. AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium tractatus* 4, 1, 7: PL 35, 1428.

¹⁰⁴ Cf. Prefacio I de las ordenaciones; Prefacio II de las ordenaciones.